

de Jesús un solo sacramento, deben ser adoradas con dichos Cuerpo y Sangre sin separación y sin hacer abstracción alguna, con el culto supremo indicado. La fe nos enseña que por medio de la transustanciación, toda la substancia de pan se convierte en el Cuerpo de Jesucristo y toda la substancia de vino en la preciosísima sangre del mismo Señor, quedando únicamente por modo admirable las Especies ó accidentes eucarísticos (1) para dar lugar al ejercicio de nuestra fe. Ahora bien; sin estos accidentes ó especies no hay no puede haber Sacramento. Jesucristo ha querido ponerse con las mismas especies y no sin ellas; y como todo el Sacramento del Altar, según afirma la Santa Iglesia, debe ser adorado con culto de latría y absoluto, luego es indispensable que en la adoración á Jesucristo Sacramentado, no hagamos abstracción de las Especies eucarísticas.

11. Los herejes, principalmente los pseudo reformadores del siglo XVI, no han cesado hasta nuestros días de arrojar inmundas blasfemias é infundadas impugnaciones contra el culto que la Iglesia Católica tributa á Jesucristo Sacramentado; ellos han dicho que la adoración al Sacramento no estuvo en uso en la Iglesia hasta fines del undécimo siglo, y que no la conocían los pueblos orientales; pero estas falsas diatribas quedaron antes desbaratadas. Ellos han añadido que cuando los Padres han hablado de adorar el Cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, entendían que lo adoraban puesto no sobre el altar sino en el cielo; pero los pasajes anteriormente citados se vuelven contra semejantes teorías. Ellos han replicado que los términos de culto, veneración, devoción y adoración no significaron siempre el culto de latría que sólo á Dios se debe; pero, ¿acaso podrán los herejes esquivar el libro del Apocalipsis? Ellos han agregado que la S. Eucaristía no fué adorada en los tres primeros siglos del Cristianismo; mas ¿por ventura no existen las liturgias y los autores de aquellos tiempos que afirman todo lo contrario? Ellos se han esforzado en repetir que nosotros ado-

(1) Trid.

ramos en la Eucaristía únicamente las especies consagradas; mas ¿para cuándo se querrán los testimonios de una no interrumpida tradición que enseña que el cristiano adora en el Sacramento á Jesucristo presente realmente? Ellos, en fin, han acumulado una serie interminable de falsas imputaciones, propias de hombres ignorantes ó maliciosos, cuya mejor oposición consiste en presentar en escena á los mismos corifeos de la reforma á quienes veríamos impugnarse entre sí, contradecirse individualmente, blasfemar de lo más santo y representar en la comedia del protestantismo el papel de lucido payaso, cuando no el de furioso energúmeno.

12. Por el contrario, la práctica de la Iglesia en adorar á Jesucristo Sacramentado, que revela su fe constante en tan admirable Misterio, ha sido siempre una, como una es la verdad. Si quisiéramos discurrir por cada uno de los siglos del Cristianismo hallaríamos esculpido este maravilloso suceso, no sólo en los duros mármoles y en la blanda madera y en los variados y ricos metales, sino en el hermoso corazón de los fieles. El siglo I es el siglo de los apóstoles y de los discípulos del Señor; y entre éstos brilla S. Dionisio Areopagita que en sus *Catequesis Mistagógicas* nos patentiza la profunda adoración que nuestros padres en la fe tributaban al Sacramento. El siglo II es el siglo de las Apologías en defensa de la Religión; y S. Justino Mártir prueba magistralmente en una de ellas el culto que en las obscuras catacumbas y en las casas particulares se daba á la Eucaristía; es el siglo de las frecuentes y devotas comuniones, con razón envidiado de todas las épocas cristianas. El siglo III es el siglo de los mártires; y S. Cipriano, con el ardor que le consumía, animaba á los futuros mártires á que recibiesen con santo fervor el Pan de los fuertes, no sin haberlo antes litúrgicamente adorado. El siglo IV es el siglo de la paz de la Iglesia; y contando con ella, pasaron los cristianos á los templos edificadas y á las plazas públicas para venerar profundamente en la Misa el Misterio del amor; de esta santa práctica nos dan evidente prueba S. Cirilo de Jerusalén en sus *Catequesis*, y en sus cánones el Concilio I de Toledo.

El siglo V es el siglo de los grandes doctores de la Iglesia, S. Juan Crisóstomo, S. Jerónimo y S. Agustín, quienes, en sus magistrales obras, revelan la gran piedad que el pueblo católico profesaba á los terribles Misterios; es el siglo de la fe eucarística perturbada por el tristemente famoso Prisciliano, contra el que se levantaron los obispos franceses y españoles y se erigieron monumentos perpetuos, como la adoración secular al Sacramento en Lugo. El siglo VI es el siglo de los pontífices españoles S. Leandro y S. Isidoro; y éste último declara en sus universales obras el culto que debe tributarse al Sacramento del Amor. El siglo VII es el siglo de la conversión de los godos, que tantas pruebas de piedad sincera y de fe ardiente mostraron por el culto de la Eucaristía; es el siglo del Concilio IV de Toledo que con tanta sabiduría y aplauso universal redactó los hermosos cánones de la fe eucarística. El siglo VIII es el siglo de la valiente reconquista española, en la que cada templo restaurado era un himno de amor al Dios del sagrario; es el siglo de los tristemente célebres iconoclastas, que blasfemaban del Sacramento santo, quienes por medio de S. Juan Damasceno fueron reducidos al silencio. El siglo IX es el siglo del génesis herético-formal sobre la Eucaristía. Escoto Erígena, á quien había dado pie una carta del monje Radberto, blasfema directamente contra la fe de la presencia real y contra su hermoso culto; pero contra él se presentan en aguerrida batalla Rábano Mauro y Floro y S. Notker, quienes en sólidos y bien razonados escritos, le llenan de confusión vergonzosa. El siglo X es el siglo del monje Herígero, quien, en apoyo del culto eucarístico, redactó un erudito libro titulado del Cuerpo y Sangre del Señor. El siglo XI es el siglo del invicto S. Gregorio VII, quien, con motivo de la condenación de Enrique IV de Alemania, declaró cual era la veneración debida á la Hostia consagrada. El siglo XII es el siglo del melífluo S. Bernardo, quien nos legó poderosos argumentos en defensa de la Santa Eucaristía; es el siglo de las órdenes religioso-militares, cuyas constituciones revelan muy á las claras cual fuera el comportamiento piadoso de los caballe-

ros militantes en orden al Sacramento Smo. El siglo XIII es el siglo de los grandes fundadores de órdenes religiosas y de sabios amantes de Jesús Sacramentado; es el siglo del Papa Urbano IV que instituyó la solemne festividad del Corpus. El siglo XIV es el siglo del sutil Dunsio Escoto que defendió con sus fuerzas hercúleas el dogma del Sacramento eucarístico; es el siglo en que se generalizaron las solemnes procesiones del Corpus, las cuales, hasta nuestros días, patentizan la veneración grande del pueblo cristiano hacia el Misterio de los Altares. El siglo XV es el siglo del Papa Eugenio IV, que expidió un largo decreto á los armenios, entre otras cosas sobre el Sacramento del Altar; es el siglo de Jerónimo Savonarola en que hubo marcada reacción cristiana; es el siglo de los Reyes Católicos en que España y sus dominios á ellos sometidos daban fuertes pruebas de piedad en obsequio de la Eucaristía. El siglo XVI es el siglo de oro de la Iglesia por los innumerables santos y sabios que la poblaron y defendieron; es el siglo de la segunda irrupción sacramental, en la que Lutero y sus secuaces vomitaron horriblas blasfemias contra Jesús Sacramentado; pero también es el siglo del famoso Concilio de Trento que condenó á tantos protervos herejes y señaló en definitiva el norte á la fe y á la piedad cristianas. El siglo XVII es el siglo de la devoción eucarística por el sinnúmero de cofradías y obras sacramentales fundadas; es el siglo de los célebres predicadores, y de las suntuosas funciones religiosas; es el siglo en que fué levantada la máscara á Jansenio que pretendía extinguir la sólida devoción á la santa Eucaristía. El siglo XVIII es el siglo del parcial eclipse eucarístico, experimentado en la devoción católica á causa de la funesta irrupción del volterianismo y de las sectas secretas; pero también es el siglo de los famosos apologistas, é incansables misioneros que ofrecieron sus recursos personales para que no se arrancase del corazón de los fieles. El siglo XIX es el siglo del renacimiento eucarístico que, á pesar del dique revolucionario y de las espantosas ideas, pudo abrirse paso para devolver á las conciencias la devoción á la Eucaristía

y entusiasmar á los buenos hijos de la Iglesia. Las obras eucarísticas de nuestros tiempos ¿quién no las conoce? El siglo XX ¡ah! ¿qué podrá ser el siglo XX? Nadie podrá aventurarlo; pero, si por sus principios podemos augurar lo que será, bien podemos afirmar que en medio del indiferentismo religioso existente hay un núcleo de fervorosos católicos que aman positivamente á Jesús Sacramentado, que le honran como es debido, que no desdican de las tradiciones sanas que nos legaron nuestros padres en la fe y que aumenta saludablemente y avanza con buen rumbo.

PARTE 2.<sup>a</sup>

**13.** He ahí por que en nuestros tiempos, más que nunca, debe esforzarse sumamente el católico en ofrecer al Sacramento venerando un culto digno, privado y público á la vez. Sí; las circunstancias actuales lo reclaman, pues:

Lo reclama la dignidad del individuo cristiano. Sin Jesucristo no hay verdad en los labios, ni estabilidad en los propósitos, ni amor en el corazón, ni dulzura en el porte social; sin Jesucristo Sacramentado, que comunica de un modo seguro todas estas virtudes, ¿en qué lugar de la sociedad quiere presentarse el católico? ¿Entre sus hermanos en la fe? No; porque no podrá soportar la carga ligera de la Religión. ¿Entre sus hermanos según la carne? En el domicilio fraterno sembrará discordias. ¿Entre los indiferentes en doctrina? Nadie hará caso de su persona. ¿Entre los adversarios á Jesucristo? Ninguno fiará en sus afirmaciones. ¿Entre los porta-estandartes de la revolución? ¡Ah! Quizá no teniendo otro lugar seguro donde guarecerse se aliste en las filas del anarquismo para acabar con el orden social. Ciertamente que, amando á Jesucristo Sacramentado y dándole un culto dignísimo, podrá volver por los fueros de su dignidad cristiana.

Lo reclama su propia salvación. El Sacramento Santísimo es la inmensa fragua donde se labran perfectamente las virtudes cristianas. Sin gran acopio de virtudes no puede asegurarse la vida eterna. Al Sacramento, pues, hay que acu-

dir en demanda de las mismas, y sólo cultivando su amor, únicamente adorando y amándole es como podrán obtenerse. ¿Por qué no os decidís de una vez á creer profundamente en Jesucristo Sacramentado, á pasar con Él los ratos amargos de olvido de las criaturas, á gozaros con sus alegrías inefables, á obsequiarle en el templo y en la calle, en el sagrario y en los quehaceres, solo y acompañado? Pedid y recibiréis; llamad y se os abrirá; confiad, que es vuestro Padre.

Lo reclaman los pocos cristianos amantes de Jesús. Considerad cuan pocos son los que negocian su salvación; los demás se olvidan del Salvador. Es indispensable, pues, que os animéis á la conquista de esas almas que están muy cerca de extraviarse del buen camino; rogad al Señor, pedid y expiad por ellas. ¡Ah! Si lográis salvarlas, tenéis vuestras almas salvadas. ¿Os detiene quizá la frialdad que sentís? Acudid á la Hostia santa; cultivad su amor. Seguramente que saldréis caldeados de la Comunión.

Lo reclama el partido que se retira. ¡Ay! cuántas almas y cuántos católicos en las actuales circunstancias, unos por ruin cansancio, otros por triste cobardía, éstos por necia incredulidad y aquéllos por criminal comodidad ó vil negocio, se retiran del ejército activo de Jesucristo para formar lo que se llama la masa neutra, ó de católicos que nada hacen como no sea rezar, y esto indebidamente. Por éstos hay que pedir á Jesús; á éstos hay que atraer á la Comunión divina, para que, mediante ella, puedan ser robados al negocio y á la comodidad, al cansancio y á la cobardía y agregados á la comunión católica.

Lo reclama el partido que apostata. Miradlos; se nos van; y quizá se nos van para siempre. Y, ¿á dónde van? Apostatan de la fe de Jesucristo, se sustraen al amor del Sacramento para engrosar las filas de la revolución, que son las filas de Lucifer. ¡Pobres católicos! Al declararse fieros enemigos nuestros, nos combaten, y en nosotros combaten á Jesucristo que les redimió. Nos dejan solos y se asocian al desorden y al mal. Suena la hora de la horrible batalla.

Se disponen á dar el triunfo á Satanás. ¿Lo conseguirán? Nosotros mientras tanto, ¿qué hacemos? Permanecemos indolentes, divididos, devorándonos los unos á los otros horriblemente. ¡Ah! ¡Dios mío! ¿Pensamos unirnos? Vayamos á Jesús. Esforcémonos en darle culto social, atrayendo suavemente las almas en derredor de la Sagrada Mesa, y obtendremos la unión. ¿Queremos conseguir la victoria? Hagamos que Jesucristo sea adorado de todos los católicos como Él quiere, y Él mismo nos dará ganada la batalla.

Lo reclama el reino de Jesucristo y su gloria. Si el Hijo de Dios debe reinar sobre las conciencias tanto individuales como sociales, ved ahí que la gloria de ese mismo Hijo de Dios no aparece en muchas partes más que por la modesta iglesia que permanece casi todo el día cerrada y en la que apenas es adorado por unas cuantas docenas de católicos que asisten á la Misa ó al rosario. Lo demás está en general cerrado á Jesucristo, pues ni su nombre ni su acción se vislumbran más que vagamente. Preciso es, por consiguiente, tributar al Dios del Sacramento un culto privado y devoto y otro público solemne á fin de que replandezcan la fe en la Santa Eucaristía y con la Eucaristía la fe en el Catolicismo, y sobre todo, á fin de que brille la bondad del Salvador que se derrama sobre los que le aman y le adoran.

**14.** Pero no basta saber todo esto, porque asimismo es indispensable practicarlo; y no puede ser en manera alguna practicado religiosamente si se ignora la manera segura y digna de llevarlo á la ejecución. En efecto; precisa adorar á Jesucristo Sacramentado interior, exterior y públicamente. El Salvador enseñó que para adorarle debidamente se le debería adorar en espíritu (1). Ciertamente, lo primero que debe poner el hombre en acción al pretender adorar á Jesucristo Sacramentado, son las potencias del alma: recordando sus inmensos beneficios, creyendo firmemente su real presencia eucarística y los demás dogmas y sacramentos católicos, esperando sin vacilar en su gracia, en sus

(1) Joan. IV, 24.

mercedes y en la gloria venidera, si es que coopera á su propia salvación; reverenciándole, en suma, con temor santo y caridad perfecta. La razón humana frente á Jesucristo Sacramentado para adorarle no hace más que reconocer á su Criador y Redentor; se humilla, sí, pero no se aniquila como osaron decir algunos soberbios. Adorando profunda y dignamente la Hostia inmaculada es cuando la inteligencia humana está más próxima á su primera Causa, y de ésta sin duda recibe entonces mejor que nunca los destellos de la Luz increada que, alumbrando sus penumbras y sombras, la devuelve clara y hermosísima. ¿Puede la razón del hombre en otra ocasión gozar de mayor dignidad? No basta, empero, adorar á Jesucristo Sacramentado en *espíritu*; algo más añadió Jesús á esta palabra. «Es necesario, dijo, que aquellos que le adoren lo hagan en espíritu y *verdad*» (1). Por lo tanto; debiendo expresar este segundo vocablo algo más que el primero, claro es que si Dios, juntamente con el espíritu, nos ha dado también un cuerpo con objeto de que con él le sirvamos, precisa que entre el espíritu y el cuerpo haya suma armonía y perfecta correspondencia de actos. Por consiguiente, cuando adoramos al Salvador exteriormente ó con el cuerpo, podremos añadir que le hemos adorado con verdad. Es, además, conveniente insistir es este punto olvidado en gran manera de la mayor parte de los católicos y descuidada su práctica por un número mayor de fieles. Toda rodilla debe doblarse ante la presencia de la Hostia consagrada; siendo de notar que es suficiente bajar una sola rodilla cuando está reservada en el sagrario, acto que es preciso desempeñar con humildad pero sin afectación, con gravedad pero sin excitar la risa. La mujer debe adorar á Jesucristo lo mismo que el varón (2) y no se olvide jamás que semejantes reverencias y genuflexiones son de riguroso precepto eclesiástico, según lo prueba el que Pío IX se negase á conceder indulgencias á los que las practicasen.

**15.** Todavía no es suficiente adorar á Jesucristo Sacra-

(1) Joan. IV, 24.

(2) Sag. Cong. de Ritos.

mentado en espíritu y en verdad, porque, según demostré en la parte 1.<sup>a</sup> de este discurso, Jesucristo es Autor y Rey, no sólo del individuo sino también de la familia y de la sociedad; por lo cual es indispensable á la sociedad y á la familia tributar á su Criador y Señor el culto eucarístico que merece. Jesucristo, en efecto, redimiendo al hombre ha redimido también á la familia, y tanto para aquél como para ésta se ha ocultado bajo los accidentes de pan y de vino. Urge por lo tanto á los jefes de las familias cristianas no desconocer este punto capital de la Religión, y ordenar á sus subordinados la práctica en común de adorar á Jesucristo Sacramentado.

Sobre todo la sociedad tiene el deber estrechísimo de sujetarse á esta ley divino-positiva. Por doquiera oímos repetir que la sociedad es independiente en absoluto, y que en asuntos de Religión no debe tener ninguno. Mas semejantes afirmaciones constituyen unas blasfemias horribles, espantosas, de consecuencias funestísimas, que tocamos todos ya, pero cuyos últimos desastrosos resultados se tocarán todavía más en el porvenir. Es la infernal blasfemia del crudo racionalismo, que así como imagina que la razón individual no debe sujetarse á la voluntad divina, menos quiere sujetar el proceder de las colectividades á esa misma eterna ordenación. ¡Desgraciada mil veces la sociedad que así procede! Por las razones que apunté anteriormente se deduce, de cuánta responsabilidad son ante Dios y ante los individuos de orden, aquellos jefes, gobernadores ó superiores del Estado que, discurriendo según las máximas del perverso liberalismo, nada hacen ni menos piensan hacer por dar á Jesucristo en público el culto de latría que merece. Y si ésto es así ¿qué censura divina y humana merecerán aquellos que no solamente nada hacen por que se adore al Salvador, sino que se asocian ó amparan á los adversarios de la Religión que estorban ó impiden los actos legítimos y públicos del culto católico?

**16.** He ahí por que no sólo sea conveniente, sino preciso, que, ya que poco hacen los que debían hacer, la so-

ciudad en general, aún la depravada, se dé buena cuenta del culto eucarístico. Porque importa mucho, muchísimo, la celebración del culto público en los lugares donde pululan gentes diversas, de ideas religiosas contrarias, todavía más que en los lugares donde la de Cristo está profundamente arraigada; ya que la medida del atrevimiento sectario se halla en razón inversa de las manifestaciones católicas. Cuanto más desarrollo alcance el culto divino público en todas sus manifestaciones, tanto más disminuye el vigor de los impíos y sus retos á la Religión. De la propia manera; cuanto menos frecuencia tengan los actos externos de piedad, tanta más osadía cobran las manifestaciones revolucionarias. Es que cuando los católicos, abandonando el campo que les es propio, se retiran al interior de sus iglesias ó al rincón de sus casas; es que cuando los ministros del Santuario, adoptando la misma medida, se retiran á sus sacristías, salen entonces los malvados de sus inmundas madrigueras á poseionarse del campo abandonado por los buenos; y una vez allí, cobran alientos para resistirlos, cuando no para atacarlos y batirlos.

En una palabra; se necesita que la sociedad en general sea espectadora de las funciones religiosas públicas, para que recuerde que Jesucristo todavía reina de hecho sobre ella, y se estimule á rendirle supremo homenaje y á servirle cumplidamente; se necesita que los malos cristianos presencien esas entusiastas manifestaciones de la piedad á fin de que se avergüencen de su mal proceder y cobren ánimo para el arrepentimiento; se necesita que los indiferentes en religión contemplen periódicamente las solemnidades externas para que, saliendo de su mortal letargo, se aficionen á los fervores del catolicismo; se necesita, finalmente, que los impíos, los herejes, los enemigos de la Iglesia, alguna que otra vez muerdan el polvo que los discípulos de Jesucristo agiten en las procesiones y peregrinaciones cristianas, para que se persuadan que los católicos no están solos, y que Jesucristo no ha sido todavía *aplastado*.

**17.** Apresurémonos todos los que aun guardamos con

temor en el fondo de nuestro pecho la llama del amor divino; apresurémonos á adorar rendidamente al Dios de los altares. Lo exige nuestra calidad de criaturas suyas, redimidas con la sangre de precio infinito que vertió en el Gólgota. Lo exige la dignidad altísima de Jesucristo, Rey y Señor de todos los hombres. Lo exige su voluntad soberana que nos lo intima bajo pena eterna, tanto á nosotros como á nuestras familias y á la sociedad. Adoremos al Dios-Hostia con la mente y con el corazón. Suban nuestras súplicas á Él como á Él suben los gratos perfumes del incienso. Hagamos también por que otros vengan á prestarle sus finas cortesías y á que le pidan favores; y ante la actitud de un siglo prevaricador que se atreve á mofarse de lo más santo, revistámonos de valor y energía, de celo y discreción; y doblando nuestras rodillas en medio de la calle, y desafiando las bur-las y los sarcasmos de tantos desdichados, á la vista de la Hostia inmaculada, adorémosla con puro rendimiento y saludémosla con febril entusiasmo, diciendo al propio tiempo: *Sea por siempre adorado Jesucristo Sacramentado.*



## DISCURSO III

*¡Paso á Jesucristo Sacramentado!*

*Jesus Christus heri et hodie, ipse et in secula.*  
Jesucristo ayer y hoy, Él mismo también en los siglos.

AD HEB. XIII, 8.

**A**trás, corifeos del pagano mundo: deteneos silenciosamente en vuestra forzada marcha; rendid armas y humildemente doblad vuestra rodilla, que viene Jesucristo! ¡Atrás, soñadores de fantásticas quimeras: plegad vuestros impuros labios, retroceded ante la verdad, que la viene predicando Jesucristo! ¡Atrás, revolucionarios de todos los matices: cesad de pregonar felicidades mil y de ofrecer mentidas libertades; no trastornéis las conciencias de los individuos, ni bamboleéis el edificio de la sociedad, que viene Jesucristo ofreciéndonos la paz y dándonos su amor!

1. El mundo había perecido por el egoísmo. La raíz de este mal, que estriba en el corazón del hombre, se había secado, como se secan las plantas agostadas por los ardores estivales y por falta de benéficas lluvias que las refrigeren. El mundo, pero el mundo moral, había dejado de existir; el viajero sensato tenía noticia de él cuando, caminante, percibía alguna de sus huellas que fueron, como lo fueron alguna vez aquellas plantas que marchitas, tendidas y acurrucadas en el suelo, son movidas de vez en cuando por los